

nizó la actividad y la producción musical de México. Fuimos un grupo reducido, con un mismo impulso y con una buena energía destructora: José Pomar, Luis Sandi, Eduardo Hernández Moncada, Francisco Agea, Ricardo Ortega, Candelario Huízar. Nuestro ímpetu nuevo y alegre luchó contra la apatía ancestral y la oscuridad cavernosa de los músicos académicos.

Estas líneas fueron escritas en Valencia, España, en 1937 (véase *Silvestre Revueltas por el mismo*, ERA, 1989), durante el sonado Congreso Antifascista al que asistieron, entre otros miembros de la delegación mexicana, Carlos Pellicer, Octavio Paz, Elena Garro, Juan de la Cabada, José Chávez Morado y Fernando Gamboa. Cuando reseñé en *Vuelta* el libro *Silvestre Revueltas* de Peter Garland me alarmó que el autor lo comparara con «Diego Rivera (quien tampoco fue un santo)» en la aspiración de algo «más grande que México», en la «expresión de un siglo nuevo en un Mundo Nuevo. Su fuerza y su vitalidad son las de la Esperanza y el Progreso», pues más allá de la obesidad ciertamente *non sancta*, ignoro qué tenga que ver Rivera con Revueltas y menos reconozco a Silvestre en eso de *La Esperanza y El Progreso*, a no ser que se trate de cantinas. Quien lea con atención mínima las cartas de Silvestre a su segunda mujer, Angelucha (*Silvestre Revueltas por él mismo*), documentará sin problemas su corazón solidario hacia la causa republicana tanto como su aversión sarcástica a los mítines y las reuniones de fervor y hervor ideológico, su soledad y su angustia, y, más entre líneas, un orgullo por su gran música apreciada en «el país hermano» mal atemperado por un escepticismo doloroso y una sed insaciable de tascas.

Conlon Nancarrow (1912-1997) y Silvestre Revueltas se asemejan en su autenticidad moral, en su talento enorme, en su imaginación rítmica, acaso en su destreza contrapuntística, en su incapacidad para la militancia política real, yo creo, y francamente no sé en qué más, pues son compositores tan diferentes... Rodolfo Halffter, colaborador fiel y amigo íntimo de Chávez hasta el final, se interesó por las experimentaciones notables de Nancarrow, le encargó una obra, pero el propio compositor norteamericano-mexicano contaba con humor que un recital en la Sala Ponce de Bellas Artes, con la asistencia de quince personas y la complicada mudanza de sus pianolas delirantes, era más cómodo organizarlo en su casa de Las Águilas, construida, por cierto, por Juan O'Gorman. Sospecho que Chávez, «humanamente lo contrario de lo que esperaba hallar ahí [México] Nancarrow», según Aharonián, no se enteró de que Nancarrow componía en su taller de Las Águilas sus asombrosos *Studies for Player Piano*, como que Nancarrow no hizo mucho para que Chávez se enterara, a pesar de que tuvieran

algunos amigos comunes, como Henry Cowell o John Cage. Me da mucha curiosidad saber qué entiende el señor Aharonián por «autoritario como compositor». ¿Wagner acaso?

Volvamos al México faraónico de Chávez. Al parecer, con frecuencia Revueltas llegaba a los ensayos tirando los atriles, un ritual poco simpático para un Faraón, que según las malas lenguas le financiaba tragos para obligarlo a beber. Sólo un ignorante de los vicios o un abstemio jurado cree que hay borracho al que haya que forzarlo a beber. Dice Chávez a Alcaraz, ese 2 de junio de 1978, a dos meses de esfumarse: «Al contrario, traté, hasta donde pude, de apartarlo de la bebida. Y debo decir que aunque sí... tomaba, cuando tenía que ser solista lo hacía en forma más moderada». Recomiendo como fuente fidedigna los testimonios elocuentes y conmovedores del compositor Eduardo Hernández Moncada (1899-1995) —el autor de la deliciosa *Costeña* para piano—, amigo íntimo de Revueltas y dilecto colaborador de Chávez:

Me gustaría rectificar una versión falsa que por ignorancia o mala intención se propagó en cierto momento acerca de que Carlos Chávez, por envidia, lo empujaba al vicio. Esta suposición es verdaderamente absurda, puesto que fue Carlos quien lo trajo, lo llevó a la Sinfónica como subdirector, lo impulsó a la composición y cuando llegó a la jefatura del entonces Departamento de Bellas Artes lo nombró director del Conservatorio. Me consta cómo consternaba a Carlos la conducta de Silvestre. Es verdad que hubo entre ellos diferencias de criterio, sobre todo en la manera de efectuar los ensayos y de tratar a los músicos. Mientras Carlos era de una rigidez que llegaba a ser molesta, Silvestre le daba a la Orquesta un cierto grado de comodidad, dejando para la hora de la ejecución un margen de expectación. (Eduardo Contreras Soto, *Eduardo Hernández Moncada. Ensayo biográfico, catálogo de obras y antología de textos*, CENIDIM, México, 1993.)

«Cuando Carlos dirige, siento la Orquesta como almidonada», le dijo Silvestre a Hernández Moncada. Chávez se torció de por vida el hombro del brazo derecho por la energía rígida de su batuta; Revueltas era un león que incendiaba a la orquesta.

No sé si fue Eduardo Mata el primero en proponer la dualidad apolíneo-dionisiaco para definir a Chávez y Revueltas, pero me parece muy acertada. Como compositores son ambos sólidos y rigurosos, pero Chávez es marmóreo y Revueltas, elástico y volcánico; Chávez es un geómetra, un constructor de densas arquitecturas sonoras, y Revueltas es un impetuoso, contundente cultor de la libertad formal. En este sentido, no me parece un azar la preferencia de Chávez por las formas clásicas de gran envergadura

y elaborados desarrollos como la sinfonía, el concierto, la sonata o la cantata, y la contrastante predilección de Revueltas por formas más libres como el poema sinfónico o las canciones. Revueltas me parece el genio puro, el catártico empedernido de obras maestras como el *Homenaje a García Lorca*, *Sensemayá*, *Redes*, *Planos*, *Janitzio*, *Itinerarios*, los cuatro cuartetos de cuerdas, los ciclos vocales, que apenas ahora llaman poderosamente la atención en todo el mundo. Pero a las obstinadas acusaciones de «aridez» y «feísmo» contra la obra de Chávez basta oponer la belleza dramática de la *Sinfonía india*, el noble esplendor de la *Sinfonía Antígona* y *La hija de Cólquide*, la imaginación y la brillantez de *Toccata* y *Tambuco* para percusiones, el poderío expresivo del *Concierto para piano y orquesta* o del *Concierto para cuatro cuernos y orquesta*, las apasionantes exploraciones de su vasta obra para piano solo.

Tan cierto me parece que en algunos de sus magníficos *Preludios* para piano, como en tantas obras suyas, Chávez nunca rehuyó un indigenismo, un mexicanismo muy finos y auténticos, como que Revueltas no «escribía para el pueblo»: en sus obras jamás hay citas folclóricas sino giros admirables que evocan el espíritu popular, y obras como *Planos* o como los cuartetos número 1 y número 3 son de una elevada abstracción, depurada de cualquier clase de resabio nacionalista.

La espléndida generosidad de Chávez era extrañamente pareja a su egocentrismo y si bien hizo mucho por el estímulo y la difusión de los compositores mexicanos anteriores, contemporáneos y posteriores a él, nada promovió tanto como su obra dentro y fuera de México —especialmente en los Estados Unidos. (Eso sí: en su taller de composición jamás analizó una obra suya, según me confía Mario Lavista.) No creo que Chávez haya hecho mucho por el rescate y la difusión de la obra de Revueltas tras su muerte prematura y siempre he tenido la curiosidad de saber si alguna vez habrá mostrado sus partituras a Stravinski —con quien, desde luego, tiene Revueltas más afinidades que Chávez: el pulso rítmico como motor fundamental, el uso obstinado de los *ostinati* y la síncopa, la exuberancia del color instrumental, el sentido del humor.

Pero Garland se equivoca cuando escribe que «en 1935 la amistad de Chávez y Revueltas termina abruptamente por una discusión». Evidentemente, el asunto es mucho más complejo y los episodios, múltiples. Primero: el choque de sus temperamentos personales y estéticos y, en lo laboral, de las exigencias de Chávez y la indisciplina de Revueltas. Segundo: la orquestilla de vida efímera que Estanislao Mejía fundó para hacerle la competencia a Chávez y en cuyo podio colocó a Revueltas. Tercero: el pequeño incidente de la novia robada: Paul Strand encarga la música de la pelí-

cula *Pescados*, llamada finalmente *Redes*, a Chávez y acabará siendo Revueltas el autor de la música –Chávez nunca compuso para cine, lo cual le produjo cierta amargura. Cuarto: el empeño mezquino y pertinaz de terceros para que terminara la amistad de Chávez y Revueltas.

Ahora dejemos a Carlos Chávez, a punto de morir, narrar su último encuentro con Silvestre Revueltas y recobrar para siempre su amistad, al lado de una labor conjunta de la que nació el México musical moderno:

Fue la última vez que nos vimos. En el lugar más embarazoso que pueda imaginarse: en el baño. Fue el día del estreno de *La madrugada del panadero* de Rodolfo [Halffter] (9 de enero de 1940). Yo salía y él entraba. Era en el Teatro Fábregas. Estaba tomado, caminaba bamboleándose. Cuando me vio abrió los brazos y me dio un abrazo. Me dijo: «¡Me he portado como un cabrón contigo! Soy un hijo de la chingada. Pero te quiero mucho. Te voy a buscar. Vamos a vernos». Lo abracé conmovido y créame que no le tenía ningún rencor: en mí nunca hubo hacia él sino ríos de cariño.\*

\* Publicado en Letras Libres (México, julio de 1999).